

¿Qué es lo que nos introduce verdaderamente a la realidad? Un hecho presente

*Encuentro de Julián Carrón
con los educadores de Comunión y Liberación
Milán, 15 de marzo de 2009*

© Società Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo
Via Porpora, 127 - 20131 Milano.
Tracce-Litterae Communionis
Direttore responsabile: Davide Perillo
© Fraternità di Comunione e liberazione
per i testi di Julián Carrón

Franco Nembrini. Buenos días a todos. Gracias por asistir al encuentro y por las contribuciones que habéis querido mandar (muchísimas) para dar cuerpo y carne a nuestro trabajo de hoy.

Saludo también a todos los casi dos mil maestros y profesores reunidos en distintos puntos del Centro, del Sur y de las Islas, y a nuestros amigos conectados desde cuarenta países del mundo, que nos siguen en directo o verán el encuentro en diferido.

Las contribuciones han sido muchas, y como siempre ha sido difícil elegir, en el sentido de dar la palabra a quien nos ha parecido que era más capaz de los demás de contar una historia, una impresión, un trabajo, dar un juicio, expresar una preocupación o una pregunta común. Como le decía a Julián estos días, mientras preparábamos juntos el encuentro de hoy, me he quedado muy impresionado por la riqueza de estas contribuciones, porque es evidente que hemos hecho un camino. Habíamos empezado nuestro trabajo con él, el 14 de octubre de 2007¹, con un malestar, con un peso, una dificultad incluso para encontrar las razones de nuestro trabajo y de nuestra profesión, de nuestro intento de presencia dentro de la escuela. Creo que se puede decir que, después de un año y medio, muchos entre nosotros – y no siempre los más “condecorados” – se han tomado en serio la invitación que nos hizo Carrón, el reto que nos lanzó cuando nos dijo: «¿Habría todavía alguien entre nosotros dispuesto a verificar la fe, dispuesto a verificar su relación con Cristo?». Creo que puedo decir que justamente en las ocasiones más apremiantes, las que han abierto una herida, el dolor, la experiencia del dolor tan difundido, tan imponente – ¡cuánto dolor encontramos,

¹Se hace referencia al encuentro de J. Carrón con los educadores de Comunión y Liberación en Milán, 14 de octubre de 2007. Véase el cuaderno «Educar: una comunicación de uno mismo, es decir, de nuestro modo de relacionarnos con la realidad», *Tracce-Quaderni*, suplemento de *Litterae Communionis-Tracce*, n. 10, noviembre de 2007.

cuánto dolor llevamos, cuánto dolor llevan nuestros amigos, nuestros colegas, nuestros hermanos, los hombres! –, pues, frente a la existencia y la imponente de este dolor y esta dificultad surge un testimonio cierto, seguro, del que nos darán testimonio las primeras intervenciones de esta mañana, con una fe y una esperanza nuevas. O bien, frente a la contestación, a la confusión que ha generado, por ejemplo, el tema de la Reforma Gelmini, o frente al caso de Eluana, ¡qué espectáculo, qué maravilla, qué testimonios, qué valor y qué ganas de estar presente para decir la verdad, para dar testimonio de la verdad, de toda la verdad, de la verdad por entero, con las clases o con los colegas, con los amigos o – casi diría – por la calle con un panfleto en la mano!

Por eso, creo que el primer paso de esta mañana, también para una ayuda recíproca, puede y debe ser el de darnos testimonio de esto. No sé vosotros, pero yo he venido aquí de nuevo con una herida abierta. Lo pensaba viniendo aquí: no es posible encontrarse para un trabajo como el de esta mañana y no tener ante los ojos y en el corazón la tragedia de Winnenden (11 de marzo de 2009), ese colegio en el que un alumno mató a todos esos chicos, donde, por otra parte, un amigo nuestro, Thomas, al que no conozco, con espontánea sencillez, algunas horas más tarde escribió: «Cualquier respuesta que se dé formalmente sería ideológica, no sería adecuada. Os pido que me echéis una mano vosotros. Thomas». Relanzo a Julián esta pregunta, porque me parece que el trabajo de esta mañana tiene que partir de esta herida: ¿cómo y qué puede sostener, sostiene mi esperanza, y, por lo tanto, la tuya, y, por consiguiente, la de la gente que vive en ese lugar, la de nuestros colegas, la del mundo? ¿Dónde se apoya, dónde puede descansar la esperanza de los hombres, ante todo la mía y luego la de mis amigos?

Anna. Hace dos meses murió un alumno mío de diecinueve años; quería contaros cómo este hecho ha cambiado y está cambiando mi vida.

Lo que sucedió fue algo especialmente doloroso, porque él padecía una grave distrofia muscular, pero tenía la parte superior del cuerpo despierta y activa; murió en definitiva por una banal pulmonía, por negligencia de los médicos, y el dolor de la familia era aún más intenso por el hecho de que tres meses antes se había suicidado la hermana de treinta años, dejando dos hijos. Yo me encontré literalmente arrollada por este dolor aparentemente injusto, sin fondo y sin esperanza. La primera vez que me encontré con los padres, me dijeron que si antes le

rezaban a Dios, ahora no iban a seguir haciéndolo porque Dios, si existe, es malo y no debía haber permitido algo semejante. En cambio, cuando sucedió este hecho, para mí fue como si el Misterio hubiera venido a buscarme personalmente y me hubiera preguntado: «Bien, ahora ¿tú en qué pones tu esperanza?». Fue como ser Isabel y encontrarse delante de María. ¿Qué miraba yo, la semilla escondida en el vientre de esa mujer u otra cosa? Entonces, fui a visitar a esos padres. No tenía nada que decirles que pudiera de alguna manera consolarles, ni un discurso, ni una frase hecha, ni una explicación que fuera mínimamente lógica: estuve con ellos y ya está. Pero mientras tanto, ¡qué inesperada seguridad, qué sorprendente intensidad, qué esperanza se había abierto paso en mí! Esto, solo esto me ha permitido no escapar: me apoyaba totalmente, no en mí, sino en Él. Ninguna otra cosa hubiera podido aguantar. Ha sido el comienzo de una relación con esos padres, que – gracias a Dios – sigue existiendo todavía; ha significado encontrar en mí una fuerza que no era mía y vivir la experiencia de que, frente al dolor y las contradicciones de la vida, el cristiano no escapa, sino que está ahí, está ahí porque se apoya en Cristo y Él resiste.

En el instituto, no quise que la cosa pasase sin un juicio, que Patrizio se hubiera ido sin que todos nosotros nos sintiéramos interpelados; de modo que, aunque seguía sin tener palabras adecuadas, aun en la consternación general, me moví: me puse en contacto con todos los colegas del Consejo de clase y los compañeros e hicimos un manifiesto que decía que el destino de Patrizio no era la nada, sino que se había cumplido entre los brazos del Misterio. También escribí una carta que di a todos y colgué en la Sala de profesores. Este gesto tan sencillo fue instrumento de grandes cosas. Por voluntad de los padres, leí la carta en el funeral y, también por voluntad suya, al día siguiente se publicó en los periódicos. En cualquier caso, fue la ocasión para relanzar relaciones con colegas que quizás no me hablaban desde hacía tiempo y, en cambio, vinieron a darme las gracias. ¡Qué gran verdad es que todos esperan lo que nosotros, por gracia, hemos encontrado! Un colega incluso la usó para explicar en el Día de la Memoria lo que era realmente la Memoria, otros en clase como tema de discusión y de juicio sobre la cuestión de Eluana.

Por último, quiero contaros dos hechos muy sencillos, breves, que me han impresionado especialmente. Un día, cuando fui a visitar a la madre de Patrizio, le llevé un pequeño regalo, una planta; entonces ella, pensando que era para Patrizio, la puso delante de su foto. Yo le dije:

«No, Isella, no es para él, es para ti». Ella se paró, me miró y empezó a acariciarme diciéndome: «Yo nunca había encontrado algo así, alguien como tú». En la misa que se celebró una semana después de la muerte de Patrizio, la acompañé y me senté cerca de ella. Cuando fueron llegando las hermanas y los parientes más cercanos, hice ademán de levantarme para cederles el sitio, pero ella dijo: «No, yo quiero que tú estés a mi lado». En las dos ocasiones sentí como un escalofrío. En ningún momento me dije: «Buena chica, quizás hasta la conviertes», sino más bien: «¿A quién puede uno decir: “quiero que tú estés a mi lado” o “una persona así nunca la había encontrado antes”? ¿A quién podemos decirlo sino a Jesús?».

En todo este asunto he visto como la necesidad de Él se abría paso dentro de mí y, junto con esto, la sorpresa de verle manos a la obra. Yo, como esos padres, necesito de Él, quiero que esté a mi lado, a Él digo: «Uno como Tú nunca lo había encontrado antes». Ahora, cuando entro en aquella casa tan cargada de sufrimiento, me sorprende buscando al Señor y reconociéndolo, y me digo: «¿Quién sabe cómo serás capaz de consolarles hoy! ¿Quién sabe cómo me harás ver hoy que apoyándome en Ti puedo esperar todo!».

Julián Carrón. Bastaría con esto, y podríamos volver a casa; habría sido útil llegar hasta aquí solo para escuchar esto. Es como una prueba segura de lo que nos ha sucedido, lo que sucede en la vida y aquello que realmente necesitamos; porque cuando el Misterio nos desafía más allá de nuestra medida, como vemos, la primera tentación es decir: «Dios es malo».

¿Qué es lo que permite que esta no sea la última palabra, de tal modo que no seamos ya los primeros derrotados ante esto? Una esperanza que en el tiempo se abrió paso dentro de ella. Esto es lo que nos permite no escapar, esto es lo que nos consiente mirar a la cara todo, y misteriosamente comenzar a establecer un vínculo con todo: primero con los padres, luego con los colegas. Es simplemente esto lo que necesitamos para volver a empezar, porque también a nuestra vida le afecta el mal, como a la de todos.

Agradezco a Anna que haya compartido esto con nosotros, porque tenemos que mirar cómo suceden las cosas, porque todo se aclara, porque la realidad se hace transparente en la experiencia, no en los pensamientos. Fijaos cuántas veces nos preocupamos de lo que tenemos que hacer, o no hacer; de cómo empezar o de cómo no empezar... Basta con

mirar cómo sucede. Todos nuestros pensamientos son nada ante este volver a acontecer de la esperanza que fue suscitada en nosotros. Y ¿quién puede hacer esto? ¿A quién podemos decir: «Una persona así nunca la había encontrado antes»? ¿A quién, sino a Jesús? Esta es la fe: este reconocimiento de Cristo presente (lo hemos visto respecto al caso de Eluana). ¿Qué hace cambiar a esa mujer que, ante el dolor inmenso que ha sufrido, al principio dice que Dios es malo, y que acaba diciendo: «Quiero que estés a mi lado»? ¿Qué significa educar? ¿Qué es lo que nos introduce verdaderamente a la realidad, sino un hecho presente, una presencia que elimina la imagen abstracta que nos hacemos de Dios, el hecho de una presencia a la que uno dice: «Quiero que estés a mi lado»? De este modo el Misterio se introduce justamente ahí, en el corazón del dolor más inmenso, se hace así de cercano, se inclina así ante nuestra necesidad para hacernos descubrir el rostro verdadero del Misterio; un rostro que nos permite – en la carne de alguien – ser introducidos a la naturaleza verdadera del Misterio, que no se ajusta a nuestra imagen o nuestro miedo. Sin esta contemporaneidad de Cristo – no un Cristo abstracto, que está en nuestros pensamientos o en nuestros sentimientos solamente –, que nos toca y se acerca de este modo, nosotros, como todos, estaríamos trastornados. Y esto nos dice – amigos – lo que significa educar: no es un discurso, no es una frase, no es una explicación, porque – como dice el Papa – la naturaleza del cristianismo es que los conceptos se han hecho carne y sangre, y de ese modo se abre un camino. Algo así, a nosotros ¿qué nos pide que cambiemos? La concepción del método. Misteriosamente todo se convierte en una sola cosa.

¿Qué es lo que necesitamos todos para no quedarnos solo en la apariencia de las cosas, para que nos introduzcan al Misterio, al sentido, al significado de un dolor así? ¿Eso también tiene que ver con la escuela! Como veis tiene que ver, porque cuando enseñamos algo queremos ser capaces de introducir a la realidad, incluso la más oscura, que es el dolor. Pero si cuando enseñamos matemáticas, literatura o historia no tenemos esto, ¿qué estamos enseñando? Se ve nuestra parcialidad cuando, delante de estas cosas, no tenemos nada que decir: es allí que se verifica que nuestra maestría en determinadas asignaturas no es suficiente para introducir a la realidad total.

Barbara. Una alumna mía de secundaria, que hace dos semanas había intentado huir de casa, decidió dejar nuestro colegio y matricularse en otro. Una mañana su madre la acompañó al colegio, pero en

lugar de entrar se alejó y nosotros, que nos dimos cuenta enseguida de lo ocurrido, vivimos algunas horas de ansiosa espera (os podéis imaginar la angustia de sus padres). El padre y la madre, después de encontrarla, nos contaron que esta chica había programado la fuga y había dejado una nota en la que había escrito: «Odio el colegio con toda mi alma». Pasados algunos días, junto a sus padres, se decidió, por petición explícita de esta chica, que cambiara de colegio.

Este hecho (puesto que yo era su profesora de Letras) me ha afectado profundamente y desde un principio me planteé un montón de preguntas, es decir, en qué nos hemos equivocado, por qué razón no hemos sabido comprenderla; por otro lado, era una chica con la que habíamos tomado iniciativa, le habíamos asignado una tutora, pero en realidad lo que poco a poco salía a la luz era que se puede hacer de todo por los chicos, pero al mismo tiempo mantener una distancia abismal respecto a ellos. Yo me escandalicé de mi posición, porque descubrí que en cualquier caso era incapaz de mirar este hecho, y que lo que me preocupaba era ante todo, defenderme: intentaba que quedara claro, para mí y para los demás (por lo tanto, para los colegas, el director o los mismos alumnos) que había hecho lo posible, que no se me podía recriminar nada, o bien, para mis adentros volvía a reflexionar, casi de modo obsesivo, sobre cada instante, cada momento en el que el malestar de esta chica podía haber surgido. Lo impresionante para mí fue que cuánto más analizaba la situación y seguía el juego de estos sentimientos oscilantes, tanto más la figura de esta chica se desvanecía, se evaporaba, es decir, estaba más preocupada por mí que por ella, lo que más me interesaba era que mi posición hubiera sido correcta, para que yo fuera irrefutable; y ella, de alguna manera, desaparecía.

Esta fue mi situación durante varios días y, en un determinado momento, para mí fue una experiencia de liberación volver a pensar en ti y en lo que habías dicho últimamente sobre el caso de Eluana: «necesitaríamos una caricia del Nazareno», porque me he dado cuenta de que, es verdad, realmente toparse con el testigo de una humanidad distinta es lo que me libera de esta actitud defensiva a ultranza, es decir, que solo el testimonio de uno cambiado, distinto, me puede liberar de mi reducción habitual. Por lo tanto, me encontré deseando, por ejemplo, que la relación con esta alumna mía no acabara así, es decir, volví a esperar que pueda durar y que ella pueda encontrar la misma mirada que me hace vivir a mí. Mientras tanto, la otra noche, fui a la Compañía de los Caballeros, que es nuestro Grial, y me la encontré allí, porque sus

ex-compañeras la habían invitado: para mí fue una respuesta.

En esta situación para mí sigue totalmente abierta la pregunta sobre qué significa aprender de lo que sucede, porque me impresionó algo que has dicho recientemente: que en la tensión a aprender de lo que sucede radica nuestra contribución original. Querría entender mejor esto, porque normalmente oscilo entre dos posiciones: o me entra la crisis porque tal como soy no voy bien, o bien analizo los defectos de los demás, por ejemplo (es una afición muy frecuente entre los profesores) los de las familias, como si los chicos fueran exclusivamente el resultado de sus padres. Pero, evidentemente, estas posiciones me dejan insatisfecha y triste. Por eso quería pedirte si podías profundizar este tema.

Paola. Hace cinco años, después de veinte años de matrimonio, con dos hijos naturales y uno en acogida, llegó una crisis muy grave con mi marido y parecía que de repente todo desaparecía. En cambio, me encontré pensando en las estrategias que tenía que adoptar para poner remedio a esta situación, y a darme cuenta de que esa crisis ponía mi vida al descubierto como nunca me había sucedido antes. Siempre he sido muy activa, me adhiero a cualquier iniciativa, participo en GS, en Diesse, en el Coro, he acogido a un niño en casa, formo parte de Familias para la Acogida, intento responder a cualquier cosa que el Movimiento propone. De repente, delante de este hecho, me di cuenta de que todo lo que hacía no tenía ningún significado, de que Cristo no estaba dentro, de que no tenía nada que ver con mi vida.

Después de treinta años de Movimiento el desánimo, la angustia, la tristeza, creo que es bastante fácil de comprender. Escribí a don Gius, porque no sabía a quién dirigirme, para confiarle este dolor que me estaba aniquilando. Me puse a rezar como nunca lo había hecho, confiando al Señor el día, minuto por minuto, a la Virgen, al Espíritu porque «solo el Espíritu sabe lo que nos conviene pedir». No tenía peticiones concretas, sino que el Señor acogiera mi dolor e indicara nuestro destino, fuera lo que fuera lo que esto comportara. Para mi gran sorpresa, don Gius, que no se encontraba bien, pidió que me llamaran para hacerme llegar su mensaje: «Tu tarea es ser mujer y madre. El Señor te pide que lo ames en tu vocación, no que hagas cosas». ¡Qué conmoción y qué ternura experimenté al recibir esa llamada de don Gius que pensaba en mí, que me había abrazado hasta tal punto!

Abandoné todos los compromisos, me dediqué a la casa y la familia.

La situación con mi marido comenzó a recuperarse casi por milagro. Seguí rezando: ¡qué descubrimiento confiarse a Jesús y descubrir que día tras día era Él quien recomponía mis pedazos, uno por uno, con paciencia: la relación con mi marido, con mis hijos, pero ante todo conmigo misma! Entiendo así la frase «un afecto por uno mismo, sin tener una imagen de cómo se realizaría mi deseo». Estos cinco años han sido difíciles, pero la presencia buena de Jesús ha hecho que fueran dichosos. La oración, dejar espacio a lo que sucedía sin ponerle las bridas de un proyecto mío, la presencia de los amigos grandes de la Fraternidad, todo ha sido y es signo del único deseo de que Jesús me abrazara.

Don Gius realizó su milagro en mi familia y las cosas tomaron un camino inesperado: una amiga me implica en la incipiente aventura de la CdO Deporte. Conozco, entre otros, a don Eugenio, con el que nace una relación de amistad grande e importante para el juicio sobre mi vida de todos los días: no la he buscado, se me ha dado. Sigo enseñando, manteniendo como único compromiso las horas de caritativa (la ayuda al estudio), pero voy a la escuela completamente cambiada: ya no tengo proyectos respecto a mí misma, a mis alumnos, a cómo implicarles, a las estrategias para llevarles a GS (nunca lo había conseguido). Mirando a mis alumnos con la misma ternura con la que yo he sido mirada, confiándolos a Jesús porque yo no soy capaz de estar con ellos, si no es con el corazón lleno de reconocimiento por como soy amada, por la sobreabundancia de gracia que ha invadido nuestra vida, este año ha sucedido el milagro.

Provocada por una amiga que, después de haber leído *Il buio e l'accendino* (La oscuridad y el mechero), me llamó para decirme que leyendo el texto había pensado en mí por lo que le contaba de mis alumnos, retomé esas palabras. ¡Qué lejos estaba de tener esa conciencia! Pero esas relaciones existían, esos chicos estaban ahí todos los días y había que tomárselos en serio. Estaba claro, sin embargo, que no podía ser una estrategia lo que nos cambiara a mí y a ellos, y seguía pidiéndole al Señor que estuviera presente para mí y para ellos. Hace veinte días un alumno me paró después de una clase y me acosó con una serie de preguntas sobre CL, y luego me dijo: «Usted es feliz, como otros de CL que he conocido. Yo quiero ser así de feliz». Dos días más tarde empezábamos la Escuela de comunidad con algunos de sus compañeros, la lectura de algunos documentos sobre Eluana, la organización de un grupo de ayuda al estudio con los chicos de su clase y de la

otra en la que enseñó, un momento para decirnos – como dijo uno de los chicos – «lo que grita nuestro corazón»; hace quince días llevé a toda la clase al Conservatorio, a la prueba de fin de curso de un compañero, y los chicos, sobre todo los que no saben de música, me dieron las gracias porque les había dado la oportunidad de participar en un gesto de una belleza inimaginable para ellos. Están sucediendo hechos día tras día, con una frecuencia inesperada. Yo enseñé Educación Física. Siempre pensé que era la asignatura lo que me bloqueaba a la hora de poder llegar a los chicos, pues no tenía contenidos fuertes que proponer. Ahora no he pensado en cambiar estrategia en la didáctica, he cambiado yo: disfruto con mis clases, esto sí.

Acabo con la frase de la asamblea que más corresponde a esta experiencia que he vivido: «Qué método, qué ternura del Misterio que se pliega sobre nosotros, se inclina sobre nosotros para arrastrarnos hacia el conocimiento de Él mediante lo que hace suceder en la realidad».

Nembrini. Gracias Barbara y Paola. Julián, me parece que estos dos episodios son ejemplos de una posición que, a pesar de partir de una negatividad, tomando nota – en el ejemplo que nos ha contado Barbara – incluso de un fracaso y, por lo tanto, con todas las preguntas y el drama que comporta, lentamente madura una certeza de la propia tarea y la propia consistencia.

Quiero añadir esta consideración, una pregunta más, que me parece que tiene mucho que ver con lo que has dicho antes y con la pregunta que ha planteado Barbara. Muchísimas de vuestras intervenciones hablan de una belleza imponente. Hay una avalancha de bien, de verdad, de intentos, pero también de certeza. Muchas de estas historias hablan, y no como los visionarios, de un milagro presente; pero es como si sufrieran de una última incertidumbre. En este sentido: que, una vez constatado el milagro, constatada la experiencia de bien y de verdad que se impone a la vida en los hechos, en las cosas, es como si uno tuviera miedo de perderlo. Muchísimas de vuestras contribuciones acaban con la pregunta: ¿Cómo permanecer? ¿Cómo hacer para que esto dure? ¿Cómo no traicionar esto? ¿Cómo – por usar tu indicación – no desviarnos del método? Casi como si a la mañana siguiente pudiéramos levantarnos y la imponente de la experiencia que habíamos tenido se evaporara, pudiera desvanecerse.

¿Cómo – constatada una belleza, constatada una verdad, visto el

milagro – se puede permanecer correctamente, lealmente frente a esta Presencia que se impone en la vida?

También porque es fácil, en realidad, y lo dicen algunas intervenciones, usar las palabras que nos decimos para traicionar el método. Se puede incluso hacer decir a Carrón, frente a un amigo...

Carrón. ...de la serie «me lo ha dicho Carrón»...

Nembrini. Exactamente. Frente a un amigo que te dice: «Mira que en tu colegio está ese grupillo de chavales, les hemos conocido hace poco, han empezado a estar juntos, quizás querrían hacer Escuela de comunidad: estáte atento a ellos, échales una mano»; la respuesta es: «Es que Carrón ha dicho que el problema somos nosotros, no son los chavales», que es verdad: ¡ahí, evidentemente, el problema es él! Entendéis como se pueden usar incluso las palabras que Carrón nos dice...

Carrón. ¡...para justificar lo que ya hemos decidido! Para esto, no es necesario citarme a mí: podéis hacerlo sin preguntármelo... Digamos las cosas como son.

Si uno se plantea esta pregunta («¿cómo permanece?»), si tiene miedo de perderlo, frente – como decía ahora Franco – a toda la belleza imponente que se encuentra delante, quiere decir que no hemos entendido qué es la belleza que tenemos delante y, por eso, nuestro miedo empieza en el instante en que bloqueamos el itinerario del conocimiento que comienza con esta belleza. ¡Nuestra pregunta surge precisamente porque hemos interrumpido este itinerario de conocimiento! Y ¿cómo se ve que lo hemos interrumpido? Porque nos nace el miedo de perderlo, y esto significa que no lo hemos conocido, no hemos comprendido que esta belleza que hemos encontrado es completamente distinta de todo lo que nosotros tenemos en la cabeza, que existe, y si existe no puede desvanecerse.

Muchas veces nosotros no reconocemos todo el alcance cognoscitivo de los hechos que nos encontramos delante, nos quedamos siempre en la apariencia. ¿En qué sentido? ¿A quién le puede surgir el miedo de que no permanezca, de que se desvanezca? A quien no ha llegado a la fe, para decirlo sintéticamente: a quien no se da cuenta de que estamos hablando del signo de Su presencia, es decir, el signo más potente de que Él existe, de que el Misterio está actuando, o, dicho con otras palabras, de que Cristo ha resucitado. Y si uno ha experimentado que

Cristo ha resucitado, ¿puede ocurrírsele la idea de que quizás no sigue resucitado? ¿Puede ocurrírsele la idea de que pueda desvanecerse? Si se nos ocurre la idea de que pueda desvanecerse, es porque nos hemos parado antes, nos hemos quedado bloqueados en la apariencia, damos por descontado que esa belleza tiene un origen que no es Él, nace separada de Él. No es la prueba de que Él está actuando entre nosotros. Siempre separamos el signo de su origen: de ese modo, los signos no nos confirman que Él actúa, sino que son signos que después pueden siempre desaparecer. En cambio, Él actúa, y por eso será Él quien se preocupe de darme otros signos, de manifestarse de nuevo con otras modalidades, de dejarse ver porque Él es el único que ha dicho: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Esto no es un problema nuestro, sino Suyo, ¿entendéis? Relajaos: ¡está presente! Relajaos, chicos. Podemos decir continuamente: «Cristo», «el cristianismo es un acontecimiento», pero cuando hablamos, en el fondo, pensamos que lo producimos nosotros. Es la reducción ética del cristianismo. O, dicho de otro modo, seguimos en el sentido religioso reducido a lo que nosotros debemos mantener en pie, como si tuviéramos que sostener el mundo, ¿entendéis? Por eso siempre estáis cansados: ¡tenéis que sostener el mundo! ¡Relajaos, id a dormir tranquilos, que de sostener el mundo se ocupa Él! Estoy bromeando, pero son bromas que contienen todo el espesor que nos dice cuál es el trabajo que debemos hacer.

No por nada don Giussani insiste siempre en que el nuestro es un problema de conocimiento, porque todas estas preocupaciones nos vienen por falta de conocimiento verdadero de lo que sucede. Como nosotros nunca llegamos a este reconocimiento de Cristo que actúa, por lo tanto, de Él vivo, de Él como el Misterio presente que hace todas las cosas, pensamos que puede desaparecer. Pero ¿puede desvanecerse? No, no puede desvanecerse, tanto es así que toda esta belleza imponente que nos encontramos delante lo demuestra continuamente.

¿Esto qué nos permite aprender? Que si bloqueamos este itinerario del conocimiento sin llegar a reconocer Su presencia, en seguida dejamos que nos asalten otras preocupaciones inútiles. No os asustéis tampoco por esto. Si os pasa por la cabeza, si os asalta este miedo, por lo menos miradlo a la cara. Si tenéis miedo de perderlo, sentid esto como la urgencia privilegiada, ahora, con la que Él os desafía. ¿Qué significa aprender de lo que sucede? Que si me entra el miedo, ese es el punto de partida presente. ¡Miremos, pues, ese miedo, mirémoslo a la cara y

veamos si es verdad o no que tengo que preocuparme, o si hay Algo que permanece, si hay Algo que está en el origen, que es distinto de lo que nosotros tenemos en la cabeza! ¿Por qué decimos que algo puede no permanecer? Porque reducimos el fenómeno a cómo aparece, no miramos la fuente que está siempre en el origen de ese fenómeno. Si ante este miedo, ante estas preguntas, nos bloqueamos, nunca llegaremos a esta certeza, es decir, nunca llegaremos a la fe, porque la fe es el reconocimiento de Cristo presente que actúa en la historia. ¡La fe cristiana, no la fe en lo ignoto! La fe cristiana es el reconocimiento de Cristo que actúa entre nosotros, de lo que tenemos muchísimos testimonios; pero es como si todos estos testimonios no fueran suficientes para reconocerlo, y por esto nos surgen esas preguntas.

Pero – como veis – ¡no es por falta de signos, sino porque falta el yo! ¿En qué sentido? Él puede manifestarse, lo hace delante de todos nosotros, pero falta un yo que, aferrado por Su presencia y facilitado por esta belleza, haga todo el recorrido de la razón, todo el recorrido de la fe (que Jesús no ha ahorrado ni siquiera a los discípulos), para pasar del encuentro con una Presencia – y del estupor que suscita: «¿Quién eres Tú?», «Y este, ¿quién es?» – a Su pleno reconocimiento. Como no hacemos esto, luego nos quedamos estancados. ¿Por qué? Porque en el fondo, al no llegar a reconocer la diversidad que Él es, que el Misterio es, que Cristo resucitado es, al no reconocer esta diversidad, tratamos a Jesús como si fuera una cosa entre otras, que, después de un momento en el que suscita un cierto atractivo, decae, como algo que empieza y al cabo de un instante decae. Si Jesús fuera esto, sería mejor que nos marcháramos todos a casa. ¿Es distinto o somos nosotros quienes hacemos que sea distinto? ¿Existe y, por eso permanece, o permanece porque nosotros con nuestro intento, con nuestros pensamientos, hacemos que permanezca? ¿Existe o no existe? Tenemos que llegar hasta el final respecto a esto, porque si no existe, todos nuestros intentos son inútiles, y si existe, todas nuestras preocupaciones son igualmente inútiles.

Por lo tanto, todo lo que sucede es ante todo para nosotros, y debemos dar gracias al Misterio de que suceda todo esto, porque es precisamente la modalidad con la que Él sigue desafiándonos a hacer este recorrido. Es así como él nos educa a lo que significa educar: educándonos a nosotros a introducirnos en la realidad total. Tanto es así que si no llegamos a esta totalidad, a este punto último, empezamos a complicarnos la vida y empezamos a hacernos preguntas estúpidas. ¿Por

qué? Porque educar, si no es introducir a la totalidad, no nos basta, y esto lo experimentamos en nuestra propia piel: no nos basta, no nos sirve a nosotros. Por eso la primera obra educativa la realiza el Misterio en nosotros, porque si no nos dejamos asustar por las preguntas, si no tenemos miedo y con la compañía de Su presencia miramos todo a la cara, entonces podemos entrar cada vez más en la realidad a partir de cualquier cosa, para penetrar cada vez más en el Misterio de la totalidad, es decir, para educar, para introducir al significado de lo que sucede. Y ¿cuál es el significado de lo que sucede? Que todo esto se me da para que yo pueda entender cada vez más qué es la realidad hasta llegar a su origen. Si no hacemos en primera persona este recorrido, no podremos educar. ¡Es inútil! ¡No podremos educar, porque el primer hecho que nos trastorna nos liquida!

Nosotros podemos educar si antes participamos en la aventura del conocimiento. Reconozco que si no me hubiera tomado en serio cada provocación, cada objeción, cada dificultad, muchas cosas no las habría aprendido; y esto me ha estimulado a buscar modalidades y ejemplos para poderlas decir de un modo cada vez más adecuado. Precisamente porque mi yo ha sido generado puedo mirar también a los alumnos, y cuando me plantean de nuevo objeciones, sigue siendo generado ahora, porque todo forma parte de esta aventura para introducirme al significado de cada pedazo de la realidad que me sucede. Si no participamos de esto, ¿qué es la educación para nosotros? ¿Dar clase a los demás? La educación, como nos ha dicho don Giussani, es la comunicación de uno mismo, es decir, de nuestro modo de vivir la realidad. Y nosotros podemos educar, si somos los primeros en aceptar el desafío de la realidad en cada cosa, incluso en quien no está de acuerdo, en quien plantea objeciones, porque también ese nos es dado. ¿Para qué se te da quien plantea objeciones? Para que puedas intentar decirlo de otro modo, expresarlo más intensamente, hacerlo más presente, testimoniarlo con más fuerza. Si esto nos bloquea, se acabó el desafío. Si, en cambio, lo percibo como la contribución que él da, incluso objetando, a la modalidad con la que puedo ir más a fondo en la relación con el Misterio, ir más a fondo en todo, entonces todo me es amigo: la realidad me es amiga, no porque lo digo de modo formal, sino que es mía porque reconozco la contribución que esta realidad me da a mí.

¿Queremos participar de esta modalidad con la que el Misterio nos introduce a cada uno de nosotros a la realidad o no? ¿O estamos en la

actitud de quien ya sabe y tiene que explicarlo a los demás, y no de quien entra en relación con la realidad tratando de aprender lo que el Misterio le quiere comunicar mediante lo que hace suceder? Son dos formas. La primera, la de quien piensa que ya sabe todo, es un aburrimiento invencible: yo ya sé todo, luego me enfado con los demás porque en el fondo son hostiles y no me entienden. ¿No se me pasa por la cabeza que si no me entienden es porque algo no funciona? ¿Se nos ha pasado por la cabeza que quizás hay algo que no funciona, algo que yo tengo que aprender todavía para comunicarlo mejor? Es el testimonio que durante años nos ha dado don Giussani, en su intento de decirnos mejor las cosas, de intentar entender mejor para poder nos las comunicar mejor. ¿Pensamos, nosotros, que nos podemos ahorrar esto? Me parece imposible, si uno quiere enseñar, si uno quiere aceptar el reto de cada día: y por eso vale la pena volver a empezar. Pero si pensamos que ya sabemos todo, se acabó el desafío. En cambio, si todos los días estoy en el colegio o en el instituto esperando ver cuál es la modalidad mediante la cual el Misterio me llama, entonces el desafío sigue abierto. Por esto, cada uno tiene que decidir con qué cuenta para vivir esta aventura: si con lo que ya sabe o con Su presencia, que permite que nada nos asuste. Su presencia no nos ahorra el trabajo: es lo que lo hace posible (porque de otro modo nos asustamos y nos defendemos).

¿Veis como también nosotros necesitamos la “caricia del Nazareno”? No solo los demás. Porque el Misterio no nos ha creado para truncarnos con la doctrina sana, correcta y perfecta (¡y muchas veces nosotros hacemos pasar esto por comunicación de la verdad!), sino para permitirnos hacer un encuentro que ha fascinado nuestra vida y nos ha introducido a su valor. Nosotros pensamos que podemos introducir a los demás con la fuerza de la doctrina – justa: no decimos nada que no sea verdad, es muy verdadero –, pero, para que aprendiéramos, ¿qué hizo el Misterio? Se hizo carne, se ha comunicado de una manera fascinante, y de ese modo nos ha comunicado la vida. ¿Qué hizo don Giussani? ¿Fundó un Movimiento pro-vida o nos comunicó su fiebre de vida? Y después decimos que los demás no entienden... ¡A lo mejor entienden demasiado bien! Todo esto nos introduce a entender qué es la verdad y qué es la comunicación de la verdad. Es un desafío impresionante del que uno tiene mucho que aprender. De manera que no cerremos la herida diciendo: «Son los demás que no entienden», más bien preguntémosnos qué es lo que debe cambiar en nosotros para poder comunicar a los demás una fiebre de vida.

Nembrini. Paolo y Francesco. Estas dos últimas intervenciones tratan de responder al otro aspecto del desafío que nos lanzaste en mayo del año pasado sobre la enseñanza, cuando nos dijiste: «¿Tenéis idea de lo que significa enseñar?»², por lo tanto, a la pregunta que estás planteando esta mañana sobre la educación, sobre la enseñanza en el sentido de la hora de clase y de la relación con lo que se debe comunicar con nuestra profesión, en el sentido más específico del término. Ha habido como un florecer increíble de intentos irónicos, con éxito o sin él, desde el más pequeño al de relieve nacional y, por tanto, es toda una riqueza, toda una belleza, todo un camino emprendido, sobre el que te pedimos un juicio y una ayuda.

Paolo. Hace tiempo participé en una reunión de maestros procedentes de varios colegios. El tema del encuentro eran las relaciones entre docentes y padres en el colegio. Las intervenciones consistieron en una sucesión de quejas sobre las injerencias de los padres en la vida del colegio, o bien de protestas por la que se podría llamar una ausencia de las familias en la vida escolar. La única posibilidad que surgía de las intervenciones era mantener relaciones estrictamente formales. Intervine y afronté la cuestión a partir de algunos hechos y afirmando que los encuentros entre padres y docentes son encuentros entre dos necesidades: la necesidad de las familias de ser acompañadas en la aventura educativa de los hijos y la necesidad de los docentes de vivir dentro de la comunidad educadora, que está formada por padres y docentes, no solo por docentes.

Respecto al tema de las relaciones formales o informales planteaba la siguiente pregunta: cuando un padre me para en la puerta del colegio para agradecerme una palabra dicha a su hijo o me pide algo y yo le respondo y hablo con él, ¿estoy en un contexto formal o informal? No lo sé y no me interesa: soy un yo, y como yo me relaciono con otro yo. Cuánto más tenga presente mis exigencias humanas, más sabré estar frente al otro sin escrúpulos formales y sin preocupaciones ligadas a la función que desempeño. El único elemento indispensable es que el corazón esté vivo, las exigencias más verdaderas de mi naturaleza tienen que estar despiertas. Quería decir dos palabras y al final hablé diez

² «*Il buio e l'accendino*», encuentro de Julián Carrón con los educadores de Comunión y Liberación en Milán, 18 de mayo de 2008. Se puede consultar en *Tracce.it*.

minutos. El coordinador de los trabajos dijo que en la segunda parte del encuentro no íbamos a trabajar sobre sus apuntes, sino sobre mi intervención.

La segunda cosa que me ha impresionado sucedió poco después. Una profesora de otra escuela dijo enseguida, sin demasiados rodeos: «Pienso que nada de lo que ha dicho el colega puede mantenerse sin una referencia a un absoluto sobre el que se apoye toda la vida y todo el yo, de manera que no esté sometido al resultado obtenido». No usó exactamente estas palabras, pero el significado era este. «Yo, por ejemplo – decía – llevo a mis hijos a misa todos los domingos. El problema es que el mundo ha dejado a un lado a Dios», y citaba, por ejemplo, los autobuses patrocinados por los ateos. El tema del grupo de trabajo pasó a ser Dios. Yo no había hablado de Él, y así intuí una cuestión: el testimonio pasa a través de lo que se nos pide. A nosotros se nos pide ser fieles al lugar que nos educa, que coincide misteriosamente con Su misma persona a través de los rostros de las personas que Él pone. El resto es Él quien hace que suceda, y cuando sucede nos sorprende siempre.

La tercera cosa que pasó – y la que más me ha conmovido –, siempre esa tarde, fue esta: una profesora se me acerca y me dice: «Tus palabras me han dado que pensar porque la nuestra es la profesión más hermosa del mundo, como tú has dicho, pero yo he pedido la jubilación y ahora has hecho que me entren dudas». Entonces le pregunté: «¿Por qué has pedido la jubilación?», y ella me respondió: «Porque quiero ir a ayudar a mi hermana que se ha quedado viuda y vive en otra región, por lo que no puedo estar viajando continuamente». Yo, petrificado, le dije: «¿Cómo es que se ha quedado viuda? ¿De qué murió tu cuñado?». Y ella me contó que era un hombre que trabajaba, que entrenaba un equipo de fútbol juvenil, un hombre que rebotaba energía. Yo me imaginé a ese hombre superactivo que, en un determinado momento, se muere y le dije: «¿De qué murió?», y ella me dijo: «Murió de ELA, como Welby. Desde hacía más de un año estaba en cama inmóvil, ni siquiera podía usar el ordenador para comunicar». Entonces le dije: «Quizás tenías que jubilarte antes, para poder ir a echarles una mano». Y ella me respondió: «Mientras él vivió, mi hermana no necesitaba nada. Su presencia era suficiente para tener en pie a toda la casa; pero ahora está sola con los hijos y tengo que ayudarla. Era una familia preciosa, se querían mucho, hasta el último momento. La última frase que escribió mi cuñado en el ordenador fue: “No estéis

tristes. Si Dios ha permitido esto, quiere decir que está bien así”. Mi cuñado tenía una gran fe. Si falta la fe, si falta el amor, comprendo que vengan ideas extrañas de desconectar enchufes y cosas de este tipo; pero si hay fe y amor, es impensable: es una vida, es un don ese hombre; es uno que ha enseñado a amar estando en su cama. Estas cosas no se las digo a nadie, me tomarían por loca. Te las he dicho solo a ti porque me parece, por lo que has dicho antes respecto al colegio, que estas cosas seguramente las entiendes».

¿Cómo es posible que uno se sienta solo después de una sobreabundancia tal de hechos? He contado todo esto por una gratitud. Si ese día mi yo estaba despierto (y quiero y pido que suceda siempre), lo debo a esta compañía, que incansablemente me provoca, a algunos “yo” que viven su aventura ardiendo de pasión por el hombre y me enseñan, de este modo, a apasionarme realmente a mi yo. Intuyo que el desafío es vivir una amistad real, en la que el amigo ama mi destino más de cuanto lo amo yo, y así me educa, me relanza y alimenta en mi yo este fuego de pasión. Gracias por arder de pasión por el hombre.

Francesco. Yo enseñé Ciencias. En mayo, tú Julián, respondiendo a una pregunta, nos decías: «¿Alguna vez nos planteamos lo que significa verdaderamente enseñar? ¿Qué es verdaderamente el conocimiento?». Esta pregunta me hirió y sigue provocándome, porque antes del encuentro de mayo, te conté algunas dificultades que había tenido a la hora de despertar la pasión de los chicos por la química orgánica, y tú me habías preguntado lo mismo: «¿Qué quieres enseñarles a través de la química orgánica?», y después añadiste: «Porque entender la química orgánica es entender su nexa con el todo». Tú me habías dicho: «Trabaja sobre este punto y dentro de un año volvemos a hablar de ello». Este desafío ha determinado totalmente mi modo de trabajar. Intento contar lo que ha sucedido.

Ante todo he deseado vivir esta predilección que he sentido muchas veces contigo y con Franco. Pienso que esto ha sido lo primero que me ha salvado y me ha permitido también mirar, abrazar a los amigos profesores, desde básica al instituto, como nunca antes. Después me ha sucedido una cosa con mis colegas del área científica, con los que hemos vivido la preparación y la realización de un gesto de tres días en el instituto donde enseñé; lo hemos llamado: “Los tres días de la Ciencia”.

En octubre de 2007 decías que sin significado las cosas no tienen la

fuerza necesaria para interesarnos. Puedo decir con certeza que he descubierto que este significado tiene que ver con Algo que viene antes de la asignatura que enseño, no se trata de estudiar más o de perfeccionar una técnica, sino que es simplemente – y también dramáticamente – dejar espacio a una relación concreta, la relación con Jesús, mediante tu amistad y la de Franco (que enseña cosas distintas de las que yo enseño), en definitiva, con Dios hecho hombre, que me ha puesto de nuevo en movimiento y gracias al cual veo con ojos nuevos las cosas de siempre.

Con mis colegas nos hemos puesto a trabajar intentando preguntarnos: ¿qué significa enseñar ciencias a los chicos? ¿A dónde queremos llegar con la propuesta de una jornada sobre el evolucionismo o sobre el calentamiento global? ¿Qué se mueve dentro de nosotros afrontando estas temáticas? ¿Qué tienen que ver uno u otro tema con nuestra vida? Pues bien, lo que he visto suceder, ante todo para mí, es que intentar estar así ante todas las cosas, junto con esos colegas, de algunos de los cuales sabía aún poco o nada, me ha abierto al Misterio, y puedo decir que estoy seguro de esto porque delante de ellos sentía mi razón provocada al máximo, y lo más grande es que podía hablar de la realidad sin dejar de lado el Misterio; y además he deseado como nunca su felicidad. Un colega, que ha trabajado conmigo en la preparación de estas jornadas y que he conocido mejor durante esas semanas, al final de los tres días me dijo: «Nunca había trabajado así, pero sobre todo por primera vez venía al instituto sin tener que olvidar nada de mí mismo, ni mi miedo a equivocarme, ni mis problemas en casa, ni tampoco mi deseo de incidir durante la mañana».

Carrón. ¿Veis? Tenemos que entender que el encuentro no es el final, sino el inicio que nos permite un recorrido de conocimiento y, por tanto, que el encuentro no nos ahorra el trabajo que hay que hacer. No es que debamos enseñar como todos y luego añadir a Cristo, porque con este dualismo al final no somos distintos, es más, los demás nos consideran simplemente ideológicos, y tienen toda la razón. La cuestión es que nosotros hemos sido introducidos a algo que no nos ahorra el trabajo. Al contrario, por el hecho de estar acompañado puedo arriesgar más en este trabajo, y esto es lo que tenemos que intentar. Sino, ¿por qué nuestra posición ideológica debería valer más que la de los demás? Nosotros debemos poder mostrar que nuestro modo de afrontar la realidad tiene más en cuenta todos los factores, y esto es algo que debemos

aprender (no se nos ahorra: damos clase como todos y después decimos algo de la Escuela de comunidad... ¡para nada!). Solo cuando intentamos conocer de verdad, es decir, usar verdaderamente la razón según todos los factores, podemos mostrar desde dentro de nuestra acción lo que significa, para el conocimiento, esta actitud.

Esto es un camino que no siempre recorreremos, porque es más cómodo repetir una frase. Nosotros muchas veces reducimos a don Giussani a un remedio para las varias ocasiones, en lugar de identificarnos con la modalidad con la que él nos introduce a la realidad. Aquí tengo que documentar, ante todo delante de mí mismo, que la fe, es decir, el reconocimiento del encuentro que he hecho, introduce una capacidad de usar la razón, una capacidad de agudeza y de profundización respecto a la realidad, como nunca antes. Si no es así, ¿cómo puedo verificar qué novedad ha introducido Cristo en el mundo como significado de todo? Para nosotros es más cómodo añadirlo: damos clase como todos y después añadimos a Cristo. Pero esto, además de ser aburrido, no tiene ningún valor, nos hace perder lo mejor del *input* que el encuentro introduce como desafío a entrar en la realidad.

En cambio, – ¿veis? – cuando uno acepta este desafío, ante todo comienza a ser realmente interesante. Es sintomática la última frase que ha dicho Francesco respecto a su colega: «Nunca había trabajado así, pero sobre todo por primera vez venía al instituto sin tener que olvidar nada». Es decir, ir al instituto no es una desgracia, algo de lo que uno querría liberarse. ¿Pensáis que esto no se os ve en la cara, por muchas frases sobre Jesús que podáis citar? Este peso lo ven los alumnos, los colegas, todos. ¿Qué significado podemos transmitir, si no tiene que ver con nosotros? Solo si aceptamos la verificación de la fe – en el modo en que estamos delante de la enseñanza, en el modo como afrontamos las asignaturas que debemos explicar, en el modo como usamos la razón en esas asignaturas, en el modo como esto nos reta a no cansarnos nunca de ser leales con esa provocación, ese impulso que nos pide que entremos cada vez más en la realidad –, podemos dar testimonio a los demás de lo que significa la novedad que introduce Cristo.

Es para nosotros. Y sobre este punto todavía tenemos que trabajar mucho, porque es como reconstruir, en medio de un concepto de razón completamente reducido a medida, las condiciones para vivir lo que el Papa ha dicho: «Ampliar nuestro concepto de razón». El Papa os ha dicho esto ante todo a vosotros, que tenéis la tarea de ayudar a vues-

tros alumnos a ampliar el concepto de razón; pero esto puede ser otro eslogan que añadimos como un pegote a un uso de la razón como medida. ¿Os dais cuenta de qué clase de reto tenemos delante? ¿Cómo podemos documentarlo delante de nosotros mismos, delante de nuestros colegas? ¿Cómo nos educamos a esto, si no sentimos personalmente urgente este impulso a ampliar el concepto de razón? ¿Es verdad o no es verdad lo que el Papa dice, o lo que nos ha testimoniado don Giussani, es decir, que la razón reducida solo a medida no tiene en cuenta su verdadera naturaleza? ¿Y cómo lo podemos documentar a los demás? No repitiendo por enésima vez la definición de la razón (ya la saben), sino haciendo evidente en la experiencia un uso de la razón distinto, más verdadero. Esto es apasionante para alguien a quien le interesa la enseñanza. Y nosotros – digamos la verdad – muchas veces renunciamos a esta búsqueda: es más fácil repetir. De ese modo no somos atractivos para nadie, mientras que el testimonio verdadero provoca a los demás, los obliga a salir de su escondite ideológico. Y se empieza un verdadero camino humano, sin contraposiciones inútiles.

Nembrini. Queda una última pregunta. Me la había apuntado porque me parecía que estaba dentro de muchas de nuestras intervenciones y de vuestras contribuciones. En parte ya has contestado, por lo menos a un aspecto, porque lo que has dicho ahora corta por lo sano el asunto. Muchos de vosotros preguntabais una cosa de este tipo, lo formulo así para ser breve y sencillo: yo lo intento, querría ir al fondo de todos los aspectos de la realidad y en todos los aspectos de nuestro trabajo, de nuestra profesión, con todo lo que implica un intento de presencia, por lo tanto, hasta llegar al nivel cultural, didáctico, de la disciplina, este trabajo, que has llamado de la búsqueda del educador, el trabajo que el encuentro no nos ahorra, sino al que el encuentro nos lanza, y me encuentro solo, como si este ocuparse de la realidad con una apertura total, hasta llegar a sus consecuencias culturales, educativas, didácticas, y, por otra parte, sociales, políticas, etcétera, pudiera ser un lujo o el capricho de alguien.

Dentro de esta pregunta hay otra, la última, que es esta: respecto a lo que uno intenta hacer, a menudo existe un malestar porque no se siente que se esté juntos con los demás del Movimiento presentes en el mismo colegio o en el mismo ámbito educativo. Es como una pregunta que surge, del tipo: yo lo he intentado, ¿pero es realmente tan difícil poderse expresar juntos, caminar juntos, apoyarse en este trabajo?

Porque están las dos cosas: por una parte, se entiende (y lo decís) que la comunión, el estar juntos es indispensable, porque uno este intento no lo sostiene solo, no lo hace solo; por la otra, apenas se habla de la unidad o la comunidad como sujeto, en seguida se corre el riesgo de caer en la organización.

¿Nos ayudas sobre esta cuestión para ayudarnos precisamente a hacer mejor el camino?

Carrón. A nosotros nos cuesta entender el método de Dios. Y ¿cuál es el método de Dios tal como nos lo ha enseñado siempre don Giussani? Que él llama a uno para llegar a todos, que da la gracia a uno, mueve a alguien, da un empujón a alguien para que, a través de la carne de este uno, pueda llegar a todos, pueda extenderse a todos. Esto significa que el Misterio no nos pide permiso. No ha pedido permiso a nadie para llamar a Abrahán, luego a Francisco, luego a Benito, luego a don Giussani. No ha pedido el permiso eclesialístico.

Esto lo entendemos perfectamente cuando hablamos de los demás; pero pensamos que para nosotros tiene que ser distinto, el método de Dios en nosotros debería ser distinto, que deberíamos dar nuestro consentimiento, es decir, reducir la comunión a estar de acuerdo. Y esto ¿qué consecuencia tiene? Que nadie se mueve hasta que no estamos de acuerdo. ¡Es tremendo! Si uno recibe una gracia así y los demás no le entienden, puede sentirse solo. Cuando don Giussani entró en el instituto Berchet, en cierta manera estaba solo, en cierto modo; pero tenía toda aquella historia a sus espaldas, es decir, no estaba realmente solo. ¿Quién podía pensar que allí pudiera suceder algo? Fue él quien poco a poco generó, precisamente por esa lealtad, por su respuesta a Uno que lo llamaba. Fui él quien respondió en primera persona. Todos los demás colegas siguieron ahí haciendo de profesores como antes. Don Giussani respondió. En cierto modo podemos decir que estuvo solo. Y esto, ¿qué generó? Si hubiera tenido que esperar que todos los colegas se pusieran de acuerdo, no habría empezado nunca. En cambio, su respuesta aparentemente solitaria fue la gracia para todos nosotros, generó un lugar como el que estamos viviendo ahora, una comunión distinta. No porque nos pidió permiso, sino porque puso delante nuestro algo que nos ha entusiasmado a todos.

Este es el método de Dios, como él nos ha enseñado siempre, y nos lo ha enseñado porque esto es lo que cuentan la Biblia y toda la historia de la Iglesia. ¿Y pensamos que ahora entre nosotros es distinto? No,

es igual. Por eso digo: si uno siente la urgencia, tiene que responder en primera persona, aunque los demás no entiendan, aunque los demás de la comunidad no entiendan. Después se verá, en lo que esto suscita, cuánta verdad hay en ese intento. De lo contrario, bloqueamos, en nombre de una organización – como si tuviéramos que sincronizarnos todos –, la modalidad con la que el Misterio actúa entre nosotros.

Y esto lo vemos en lo que contaba Anna: una gracia dada a uno es una gracia para todos, primero para los familiares, para los parientes, después para los alumnos, para los colegas que ni siquiera le dirigían la palabra. Yo me pregunto: ¿cómo se genera esta comunión? Veis, no es que esta iniciativa vaya en contra de comunión: ¡es precisamente lo que la genera! No tenemos que tener la pretensión de que nuestros intentos sean en cualquier caso justos, ya se verá si el intento irónico que nosotros hacemos llega a ser atractivo para los demás; pero está claro que no podemos bloquearnos mutuamente, amigos. Que cada uno responda a lo suyo, y después nos encontremos unidos en el reconocimiento de lo que de bonito y de bueno haya generado esta acción personal, sugerida por el Misterio.

Recordad lo que nos decía don Giussani (ya lo cité en octubre del año pasado): el Movimiento ha nacido de una Presencia que se imponía y llevaba a la vida la provocación de una promesa que seguir, pero después hemos confiado la continuidad de este inicio a los discursos, a las iniciativas, a las reuniones, a las cosas que hacer, no lo hemos confiado a nuestra vida, y de este modo el inicio ha cesado muy pronto de ser la verdad ofrecida a nuestra persona y se ha convertido en motivo para una organización, una realidad sobre la que descargar la responsabilidad del propio trabajo y de la cual pretender la resolución de las cosas. Lo que debía ser la acogida de una provocación y, por lo tanto, un seguimiento vivo, se ha convertido en una homologación a la organización.

Si este inicio uno no lo acoge e intenta sofocarlo en la organización, es evidente que cesa en seguida. En cambio, si nosotros estamos verdaderamente atentos a reconocer ese inicio – que es el recurso que el Misterio nos da para continuar –, Él vuelve a acontecer, entonces es posible que esto genere esa comunión que no es estar de acuerdo, sino estar todos fascinados por Alguien.

Deseo que cada uno de vosotros y yo mismo podamos obedecer a la modalidad absolutamente imprevista con la que Él sigue estando presente. ¿Qué significa estar dispuestos a lo que él hace? Estar dispuestos a reconocer cualquier signo de novedad, de acción, de verdad que

encontremos en la carne de cualquiera que tenemos al lado. No es una abstracción, sino la modalidad más potente con la que el Misterio nos llama a la conversión, a reconocerlo. Es el bien que me da en este momento.

Acabo contando un episodio que me ha contado un sacerdote que fue invitado por algunos de nuestros amigos a acompañarles a Tierra Santa; es un estudioso del Antiguo Testamento, por lo que era el experto que acompañaba la peregrinación. Y aun así, mientras desempeñaba esta tarea, veía como los demás estaban conmovidos por lo que sucedía delante de los lugares sagrados que visitaban, y quedaba sorprendido. Y yo pensaba: fíjate cuál es el rostro que el Misterio, la gracia del Misterio, tiene para este biblista experto: que da su saber a los demás y el Misterio le devuelve cien veces más en el rostro, en la carne de los que tiene delante. ¿Podéis imaginar otro tipo de concreción de la gracia mayor que el de tener delante rostros sorprendidos y conmovidos? ¿Qué otra humanidad, qué otro método, qué otra cosa más consona, más adecuada puede existir para hacernos presente el Misterio, que tenerles delante conmovidos?

Este es y será para siempre el método, esta es la contemporaneidad de Cristo, porque la contemporaneidad de Cristo no es algo abstracto (como muchas veces pensamos), a-histórica, sin rostro, no: son esos rostros conmovidos que me lo hacen presente, mucho más que mi explicación experta. Como os he dicho muchas veces: yo digo las cosas y luego veo como las repite Cleuza y me retornan multiplicadas por cien, y así aprendo también yo a entender lo que digo. Si nosotros, en nombre de lo que ya sabemos, no estamos dispuestos a esto, perdemos esta gracia que el Señor nos da. ¿Esta es la modalidad que la gracia adopta para nosotros ahora, o no? ¿O debemos defendernos porque no existe el bienestar de la organización? Qué locura... Como los que en tiempos de Jesús sabían ya: los escribas y los fariseos ya sabían, y usaban su saber como coartada para no dejarse provocar por esa Presencia que tenían delante. Ya sabían, y no podían imaginar que el Misterio quisiera hacerse carne, porque no podían concebirlo. Del mismo modo, nosotros no podemos imaginar, a veces, que ese colega o que ese amigo del Movimiento (que siempre hemos considerado de una cierta manera) pueda ser tocado por la presencia del Misterio y empezar a moverse de un modo que nos deje atónitos. ¿Es razonable, pues, que nosotros en nombre de lo que ya sabemos bloqueemos esto? Cada cual puede responder. ■